

LOS POETAS NUEVOS DE FRANCIA

LOS UNANIMISTAS

RENÉ ARCOS, PIERRE JEAN JOUVE Y GEORGES CHENNEVIÈRE

UN INTERESANTE ESTUDIO DE E. GÓMEZ CARRILLO¹

París, Abril 1925.

Floirán Parmentier asegura que el origen del unanimismo se halla en un poema de Jules Romain, titulado “La vida unánime”. Pero los pontífices de la escuela, los Duhamel, los René Arcos, los Chenneviere, los Jouve, los Vildrac, humillados ante la idea de aparecer como discípulos del autor de “Cromedeyre le Vieil”, invocan, para explicar sus teorías, el patronato de otros maestros.

“No procedemos de la literatura”, murmuran. y agregan, con orgullo: “Nuestros padres se llaman Gabriel Tarde y Gustave Lebon”. Es en la ciencia, es en la sociología, en los laboratorios de la psicología experimental, en efecto, donde estos poetas han hallado las bases de su estética. En el pórtico de su templo, en una lápida de mármol negro, han grabado con letras de oro las siguientes palabras de “La Psychologie des Foules”:

“La multitud es un ser provisorio, formado de elementos heterogéneos, que, durante cierto tiempo, se han aglomerado los mismos que las células que constituyen un individuo”.

Lo que de este principio puede derivarse, en poesía, fácil es vislumbrarlo. ¿No existen, acaso, obras cual “Las ciudades tentaculares”, de Verhaeren, y los poemas “de la masa”, de Walt Whitman, en las que palpita el alma misteriosa de los grandes núcleos humanos? Es más: el coro de la tragedia griega... Pero apenas escuchan estas palabras, los unanimistas nos interrumpen para hacernos saber que no entendemos lo que ellos predicán.

- “Para nosotros –dicen- el unanimismo es un estado de gracia del arte, un manantial antes desconocido de inspiraciones”.

Y estas últimas palabras bastan para que nadie se atreva a evocar predecesores del ilustre cenáculo. Además, todos esos poetas están de acuerdo para convenir en que las teorías, en literatura, tienen menos importancia que las obras. Así son las obras unanimistas, las que quiero hoy hojear, para tratar de darme cuenta de lo que hay en ellas de nuevo, de grande, de noble, de armonioso.

En uno de sus poemas más característicos, Jules Romain nos hace ver lo que es la vida unánime, simultánea, integral, de un puerto comercial en pleno trabajo:

“Es el puerto. – Un ruido de trompo – muerde los nevios; - el aire es duro, - oigo garrotes, apalea al aire; - alrededor – es un redoble – de tambor; - hay dientes que gritan al morder el hierro. – Yo estoy cogido – bajo los hombros – por gatos; - luego siento – cadenas bajar – de allá arriba – que me eleven y me mecén. – Ya no hay calle – que me tenga – por los talones. – Una grúa – me transporta a las barcasas – y parto. – La calle es un miembro amputado y sangriento. – Los que vienen – en camiones – lentos y

¹ Publicado el 19 de mayo de 1925 en la página 1 y 3.

pasados, - me avergüenzan – de lo mucho que tengo – de ciudad en las venas. – Yo soy yo, toda mi vida. – No estoy sólo, - he cambiado de multitud – me convierto en el hijo – de un dios que me afirma. – otro me abandona. – Las calles no son más que el arrancamiento – de nosotros a la ciudad. – Hemos dormido en el fondo de las barcas – dormido hasta la aurora, -mientras las aguas – cesaban de temblar, - y que los fanales formaban claros de luna – sobre los sacos de trigo; - con el agua de los canales – nuestra multitud – se ha lavado; - caen gotas – de nuestros brazos alzados”.

Estos cincuenta y dos versos breves, rimados y ritmados de la manera más caprichosa, representan, para los adolescentes que han abrazado la fe unanimita, el evangelio del arte nuevo. Hay allí según dicen los glosadores entusiastas, una intensidad de vida laboriosa, que en vano buscaríamos en Víctor Hugo, en Jacques London, en Gabriel D’Annunzio, como en todos los demás pintores de ciudades marítimas. Y esto, sin lirismo, sin color, sin música, sin riqueza verbal. Los poetas nuevos, no contentos, cual los simbolistas, con “coger a la elocuencia y retorcerle el pescuezo”, han suprimido de sus composiciones la armonía y el adorno. “Es el estilo depurado”, dice el prologuista de la Antología del Sagitario. Así debe ser... Cada generación entiende la retórica a su manera. De lo que se trata es de encontrar, dentro de las atracciones contradictorias de las teorías, el milagro de las realizaciones perfectas. No olvidemos, en efecto, que, ateniéndose a la misma pauta, Jean Moreas creó las estrofas divinas de “Stances”, mientras Ernest Raynaud escribía las pobres cosas de “Le Bocage”. Sin salirse del unanismo, sin renunciar al estrilo algo rígido de Romain y de sus compañeros, sin buscar embriagueces de orquestaciones suntuosas, un poeta puede muy bien, un día entre los días, ofrecernos el magnífico estremecimiento de la belleza absoluta.

- Ese poeta –nos dicen algunos- existe ya... Es René Arcos...
- O más bien Pierre Jean Jouve – murmuran otros.
- O Georges Chenneviere – aseguran ciertas voces femeninas.

Y yo confieso que, si de escoger entre los unanimitas se trata, con este último me quedo. Hay en Chenneviere, en efecto, algo de ternura a la antigua usanza, rítmica, acariciadora, íntima. No pretendo, naturalmente, que su forma sea digna de compararse con la de Verlaine. Pero algo, un algo muy sutil, muy tímido, palpita en él de verlainiano. Se nota que, de no ser por la disciplina de las escuelas nuevas, incapaces de perdonar las influencias funestas del simbolismo, su musa le diría, al oído, muy dulces, muy amorosas confidencias. La vida de la calle parece interesarle menos que la del hogar. Como Henri Bataille, como Francis Jammes, sabe oír las voces de los muros y de los muebles, y también las voces del corazón que se acuerda.

“Vivimos así años y años – entre las paredes, entre las cosas – muy arregladas; - los pasos van de la mesa a la cama, - los pasos van de la puerta a las sillas – y nada se mueve. – Nos sentamos en los mismos sitios, - miramos el tiempo que hace; - y los días pasan. – Vivimos de antemano y hemos ya – saboreado los frutos de Septiembre – antes del verano – y cuando el verano que esperamos – luce en los cristales, soñamos ya – en que el invierno se acerca. - ¡Oh!, pobre corazón nunca satisfecho – hombre turbio, ¿qué necesitarías, - para ser feliz? Mira: hay allí un alma que no se aleja. – El mundo llena cada objeto. – Tú no estás solo”.

¿No es verdad que el soplo de este poeta, aunque corto, es delicioso? Yo, por lo menos, me complazco a menudo en recitarme sus poemas algo apagados, algo pálidos, en que me parece escuchar una voz lejana que salmodia penas y anhelos al son de una mandolina en sordina. Pero lo que no logro ver en Chenneviere es el unanimita...

¿Y Vildrac? ¿Y Jouve? ¿Y René Arcos...? Como ya es tarde, los dejaremos para mañana.

JOUVE Y VILDRAC

Yo me figuraba que René Arcos, el poeta unanimista, era uno de esos muchachos de nuestra raza que , como Picasso, como Heredia, como Picabia, como Augusto de Armas, como Julio Supervielle, vienen a París para hacer sus estudios y acaban por olvidarse de sus países para convertirse en artistas franceses. Pero su biógrafo nos hace saber que si hay en él abolengo español, es tan lejano que apenas vale la pena de tenerlo en cuenta. Parisiense de nacimiento, es, por principio, enemigo de toda idea de nacionalismo y hasta de Patria. “Ningún poeta –dice Romain Rolland- ha cantado más fuertemente que él la unidad humana”. Y lo curioso es que la ha cantado, no sólo en su lengua natal, sino también en inglés, en una serie de artículos que publicó hace años, en el “Chicago Dailly News” y que están fechados en diversos lugares de África. En Suiza fundó luego una casa editorial que vivió lo que viven las fantasías de esa índole cuando son los poetas los que las crean. Al fin, cansado de rodar tierras, volvió a su Lutecia, en donde ahora dirige una revista internacional titulada “Europa”. Sus ocupaciones políticas parecen alejarlo algo del Parnaso. Y parecen también llevarlo de una manera casi exclusiva hacia los asuntos de propaganda pacifista. Su odio contra la guerra, contra las victorias de las armas, contra las luchas entre pueblos, animan sus mejores estrofas. La Naturaleza misma, cuando aparece cual una devoradora de vidas, le inspira estrofas indignadas:

¡Oh!, Naturaleza egoísta; ¡oh!, Naturaleza encarnizada,
que persigues, sin fijarte en la derrota humana,
que un duro destino se esfuerza en continuar,
tu propia lucha a través de nosotros a pesar de nosotros,
para tu victoria, y no para la nuestra,
¡Oh!, conquistadora despiadada,
hermana digna de la que lleva
un águila en su casco...

No os figuréis, sin embargo, que desde sus alturas humanitarias y antimilitaristas este poeta se sienta adversario de las disciplinas estrechas de la retórica nueva. No. Como sus más juveniles compañeros, se somete a la sequedad sin armonía del verso prosaico. Nada de rimas. Nada de lirismo. El ritmo mismo no se nota en general en sus versos sino por la división de las líneas.

Entre los unanimistas, más bien sería Pierre Jean Jouve el que pudiera representar el eslabón que une la poesía nueva a la antigua. Claro que también éste se defiende contra las tentaciones musicales, contra las imágenes suntuosas, contra el esplendor verbal. Pero se adivina que, a veces, tal subordinación a la disciplina le resulta cruel.

O! Toi mont enfant,
mon pauvre et mon triste,
hanté de moi seul
en mo name inquiete,
o toi mon amant,
mon ame et ma soeur...

Pero por lo mismo que su instinto de hombre educado en las tradiciones de la época verlainiana lo exponen a menudo a dejarse mecer así por el ritmo antiguo, cuando

quiere halagar a sus compañeros, resulta más duro, más descarnado, más antimusical que el mismísimo Max Jacob. Escuchad esta estrofa en la que el unanimista muestra sus perpetuas preocupaciones humanitarias:

Y como si el día siguiente fuera más atroz
que el tiempo en que los muertos eran el abono de las llanuras;
como si el día en que los banqueros roban colonias y petróleos,
fuera más horrible que los millones de horas de agonías.
Ya varios corazones demasiado profundos y puros para el sufrimiento
han sucumbido en medio de nosotros, se han retirado para morir...

Y no creáis que hay una gran diferencia entre esta traducción literal y el original. El ritmo en el mismo, es un ritmo que solo los nuevos saben percibir. Es, según parece, “un ritmo interior”. En todo caso, un ritmo que los infelices mortales acostumbrados a la grata armonía de los cantores de todos los siglos, no logran nunca saborear sin algo de ironía y mucho de extrañeza.

El otro gran unanimista, Charles Vildrac, comenzó su carrera literaria como teorizante del verso libre. No es, sin embargo, ni su “Verlibrisme” ni sus “Notas de técnica poética” lo que le ha dado fama. Ni son tampoco sus “Cantos del desesperado”, ni sus “Images et Mirages”, ni su “Livre d’amour”. Sus poesías, como sus teorías, no han salido de los cenáculos. Pero una obra teatral suya, “El paquebot Tenacity”, ha alcanzado un éxito que puede llamarse mundial.

Vildrac no es joven sino como poeta. Como hombre, peina ya canas. Mas os repito que esto no tiene en París ninguna importancia. De lo que se trata, para tener derecho a figurar en las antologías de los nuevos, es atenerse a la retórica de los diversos modernismos, que se reparten el imperio del parnaso francés en nuestros días. Y desde este punto de vista, Vildrac corre parejas con los adolescentes, que apenas comienzan a balbucir imitando a Apollinaire y a Cocteau. Sus estrofas, siempre breves, son de una rigidez casi matemática. No hay en ellas el menor adorno. No hay un reflejo brillante. No hay un suspiro de violoncelo, de esos que llegan hasta el fondo del alma. No hay más que claridades opacas, entre las cuales los sentimientos aparecen como avergonzados de sus embriagueces y de sus dolores, velándose siempre con un pudor de orfandad pobre.

Estaba sentado ante su mesa,
con sus sueños reunidos suavemente
en el dominio de su lámpara,
y escuchaba contra su ventana
los ataques frágiles de la nieve,
cuando bruscamente pensó
en un hombre que conocía,
y que no veía hacía tiempo...

Es el tono... Es el tono unanimista... Porque, en resumidas cuentas, fuera de las vagas preocupaciones sociológicas que los llevan a describir con escrupuloso cuidado los movimientos de los pueblos y los anhelos de las masas enemigas de la guerra, los unanimistas no se diferencian en nada, al menos en lo que se refiere a la forma, de sus compañeros de las otras escuelas.

E. Gómez Carrillo